

NÚM. 12.

AÑO III.

30 DICIEMBRE 1887

DEL TOMO V.

NÚMERO 50.

REVISTA
DE
VIZCAYA.



DIRECTOR.
VICENTE DE ARANA

SUMARIO

JAUN ZURIA Ó EL CAUDILLO BLANCO, (continuacion), por Vicente de Arana.

GABON, por Ladislao de Velasco.

DOS ROMANOS, por Victor Suarez Capalleja.

LOS CARNOT, por Flugeln.

¡VAYA UN DIA DE CAZA!, por Fernando Fernz-Getino y Ortega.

CRÓNICA LOCAL, por Adela.

SECCION DE CURIOSOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calles Ercilla y Henao, A—Ensanche.

Bilbao.

ESCRITORES

DE LA

Revista de Vizcaya.

- | | |
|---|--|
| <i>Argos.</i> (D. Sabino de Goycoechea. | D. Julio de <i>Lazártegui.</i> |
| D. Alfredo <i>Alvarez.</i> | » José M. ^a de <i>Lizana</i> , Marqués de Casa-Torre. |
| » Federico de <i>Areitio.</i> | » Marcial <i>Martinez.</i> |
| » Ricardo <i>Becerro de Bengoa.</i> | » Ismael de <i>Olea.</i> |
| » Arturo <i>Campion.</i> | » Fidel de <i>Sagarminaga.</i> |
| » Juan Ernesto <i>Delmas.</i> | » Antonio de <i>Trueba.</i> |
| » Eduardo <i>Delmas.</i> | » Miguel de <i>Unamuno.</i> |
| » Julio <i>Enciso.</i> | » Camilo de <i>Villavaso.</i> |
| « Benito de <i>Goldaracena.</i> | |

NOTA

La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta Revista corresponderá a los autores.

AUTORES Y EDITORES.

Se anuncian todas las obras que se remiten a esta redaccion y se juzgan en la *Revista Crítica*



JAUN ZURIA

ó

EL CAUDILLO BLANCO

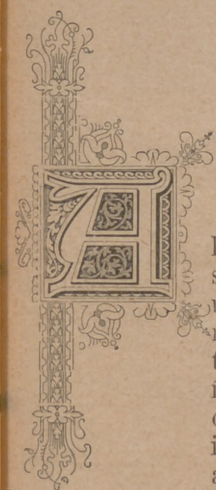
LEYENDA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO IX.

SEGUNDA PARTE

LA BATALLA DE PADURA.

(CONTINUACION.)

VI.



Al llegar al punto donde el río de Urazango vierte sus aguas en el Nervion, el ejército vizcaino tomó por la orilla izquierda de este río, y se encaminó hacia el mediodía, ó sea en dirección opuesta á la de sus aguas. Tratábase de llegar á la peña de Orduña, en la que el Nervion tiene su origen, antes que el enemigo la franqueara é inundase el valle como torrente devastador. Pero al llegar á Padura, que está á poco más de media legua de la confluencia de los dos ríos, Lope Fortun, después de conferenciar con el Conde de Tabira, ordenó que el ejército se detuviera y ocupara las posiciones más ventajosas para recibir á pié firme al enemigo.

¿A qué respondía tan súbito é inesperado cambio de plan?

Fugitivos llegados de la parte alta del valle habían traído á los caudillos la nueva de que leoneses y asturianos, después de

vencer à los alaveses y de despedazar à los pocos pero resueltos y tenaces vizcainos que guardaban el paso de la famosa peña, venian valle abajo llevando à todas partes la devastacion y la muerte; y entonces, tanto Estiguiz como Lope Fortun creyeron que màs acertado que seguir adelante y encontrarse de improviso con el enemigo, tal vez en posiciones desventajosas, seria esperarle en Padura, localidad que reunía buenas condiciones de defensa, y en la cual tenían tiempo, aunque no sobrado, de instalarse convenientemente.

Los términos de Padura eran muy extensos, y habia diversos pareceres acerca del punto en que se debía esperar al enemigo; pero al fin se determinó esperarle en el ameno vallecito en que hoy se alzan la puebla de Arrigorriaga, el templo parroquial, y la casa consistorial de la citada anteiglesia.

Las mejores tropas fueron à defender la entrada del valle, que era bastante estrecha, y en la cual se podía hacer gran mortandad al enemigo, y el grueso del ejército fué à situarse en la pequeña y risueña llanura y en las alturas que la limitan por el Norte, Oeste y Mediodía. Por el lado del Este servía de linde à la llanura el manso y cristalino rio que à la sombra de los chopos y de los nogales pasa lamiendo las altas y escarpadas montañas que de su misma orilla derecha se levantan, y aunque por las condiciones del terreno no era probable que los leoneses intentáran correrse hàcia aquella parte, dispuso Lope Fortun que algunas fuerzas pasáran el puente y tomáran posiciones en la orilla derecha del Nervion.

La naturaleza, que se rie de la barbarie y de la locura de los hombres, se habia vestido de gala para presenciar la sangrienta batalla. El sol, brillando en toda su gloria, iluminaba el valle cubierto de flores y de verdura, y un fresco vientecillo hacia que no fuera molesto el ardor de sus rayos.

Acababan apenas los caudillos de dictar las últimas disposiciones y de arengar à los soldados, cuando hàcia la parte del Sur se dejó oír un lejano rumor, primero apenas audible, que fué rápidamente creciendo y acercándose.

Era el ejército enemigo que se aproximaba.

En cuanto los que guardaban la entrada del valle avistaron à los asturianos, prorrumpieron en gritos de alegría, y de muy buen grado se hubieran lanzado à su encuentro, à no habérselo impedido sus jefes.

El primer choque fué terrible. Los asturianos embistieron con el mayor denuedo, y por un momento pareció que los vizcainos iban à retroceder; pero, despues de vacilar algunos segundos, permanecieron firmes en sus puestos, como una muralla de granito.

En cambio los enemigos tampoco cejaban. ¿Cuándo flaqueó el corazon de los valientes hijos de Leon, de Asturias y de Galicia? Los vizcainos, ventajosamente situados en el llano y en las altu-

ras, los exterminaban á saetas, pero incesantemente llegaban nuevos soldados que llenaban los claros y peleaban heroicamente sobre los cadáveres de sus compañeros. Si aquello se prolongaba, pronto un monton de cadáveres cerraría por completo la entrada del valle.

Comprendieronlo así los asturianos, y decididos á romper á toda costa la línea enemiga, ya que gracias á su superioridad numérica podian ser pródigos de sangre, hicieron un esfuerzo supremo, y penetraron en el valle.

Entonces se pusieron en movimiento el ala derecha y el centro del ejército vizcaíno, mandados respectivamente por Martín de Lamiáran y Lope Fortun, mientras que el ala izquierda, que capitaneaba Sancho Estiguiz, permanecía enteramente inmóvil. Pero pronto salió también esta de su inacción, y el combate se hizo general. Y entre tanto, la multitud de los enemigos aumentaba sin cesar. No parecía sino que toda la población varonil del reino de Oviedo se había trasladado á Vizcaya. Algunas horas pasaron antes que los asturianos cesáran de recibir refuerzos, ó mejor dicho antes que todo el ejército enemigo estuviera reunido en el campo de batalla.

No tardó en verse que si la caballería leonesa era bastante superior á la vizcaína, en cambio los peones vizcaínos tenían incontestable superioridad sobre los del ejército enemigo. El resultado de la batalla era muy dudoso.

Acaudillaba á los invasores Odoario, cuñado del rey de Oviedo, y si entre ellos se hallaba el príncipe Ordoño el Malo, debía estar confundido con los más oscuros soldados, pues en vano Lope Fortun, Estiguiz y otros caudillos le buscaban ansiosamente con la vista. No era, pues, una invención lo que se había dicho de que acobardado el príncipe porque un agorero había vaticinado la muerte del caudillo de los asturianos, había cedido el mando del ejército á Odoario. Era preciso salvar, aunque fuera á costa de la de su tío, la preciosa vida del heredero del trono.

En el ala derecha, Martín de Lamiáran peleaba denodadamente, y mantenía alguna, aunque pequeña ventaja sobre el enemigo, quien sin embargo no daba todavía señal alguna de desaliento. En cambio, en el centro, la ventaja de los vizcaínos era decisiva. Zuria y Rodolfo peleaban como leones, y sus soldados no mostraban menor ardimiento. Todos parecían poseidos de aquella horrible, pero sublime locura cantábrica, que en otro tiempo fué el espanto de los romanos; así es que los enemigos, asombrados, iban perdiendo terreno.

Lope Fortun, ligero como el rayo, corría de un lado á otro en su alado corcel negro, haciendo estragos con su tremendo espadon, que un gigante hubiese envidiado. ¿Y Rodolfo? Como si no quisiera seguir viviendo bajo el peso de los dolorosos recuerdos que continuamente nublaban su frente, como si la existencia le

fuera insoportable, buscaba los lugares de mayor peligro, y despedazaba sin piedad á los contrarios, esperando sin duda ser á su vez despedazado por ellos.

En lo mas recio de la batalla, Lope Fortun vió atravesar el campo dos lobos cebados en dos corderos, y tomándolo por feliz agüero, exclamó:

—A fé de Lope que esos lobos nos presagian el venimiento, y que para ponerlos en mi escudo borraré todas las empresas que hay en él. ¡Adelante, vizcaínos, que la victoria es nuestra!

Pero en aquel momento, el caudillo se apercibió de que en el ala á la izquierda las cosas tomaban un sesgo harto desfavorable. Los de Estigüiz, acosados por Odoario, retrocedian; su joven porta-estandarte habia caido muerto abrazado á su bandera, y el conde hacia desesperados pero vanos esfuerzos por cambiar la faz de las cosas. Para colmo de desgracia, herido él mismo en la frente de un saetazo, cayó en tierra sin sentido, y faltó muy poco para que se apoderáran de él los enemigos.

Seguro entonces del triunfo Odoario, hizo que algunas fuerzas escogidas, rompiendo las filas de los de Estigüiz, ya muy quebrantadas, fueran á situarse al Norte para quitarles toda esperanza de salvacion y los estrechó contra el rio, cuyas aguas se tiñeron pronto de sangre. Muchos perecieron ahogados, y no fué más favorable la fortuna á los que buscaron la salvacion en el puente, pues fué tanta la multitud que en él se amontonó, que los más perecieron aplastados, ó fueron pasados á cuchillo por los soldados de Odoario.

Ver aquello Lope Fortun y lanzarse en ayuda de los de Estigüiz, fué todo uno. Recomendando á Rodolfo que á toda costa conserváran la ventaja obtenida, partió el encuentro de Odoario seguido de algunos centenares de valientes arratianos (1) en los que tenía ilimitada confianza. Esto alentó un tanto á los de Estigüiz, que sacando fuerzas de flaqueza, opusieron más vigorosa resistencia al enemigo.

Lope Fortun y Odoario se encontraron en lo más alto del estrecho puente, que era de gran montea y se embistieron con salvaje furia; y despues de un corto pero terrible y encarnizado combate, Zuria dió á su adversario tan tremendo golpe con su espadon, que le sacó de la silla, y dió con él, ya cadáver, en el rio. Los de Estigüiz entonces lanzaron un grito de triunfo y atacaron con redoblada furia á los de Odoario, que se pusieron en fuga. Y como la

(1) No sabemos que extension tenía en aquel tiempo la merindad de Arratia; pero hoy comprende las anteiglesias ó repúblicas de Yurre, Aranzazu, Olabarrieta ó Ceberio, Castillo y Elejabeitia, Dima, Ceánuri y Ubidea. En ella está tambien situada la *villa de Haro* ó Villaro, fundada en 15 de Agosto de 1338 por D. Juan Nuñez de Lara, y su esposa Doña María de Haro, señores de Vizcaya.

noticia de la muerte del caudillo leonés cundió en breve por el campo llevando el pavor á los invasores y envalentonando á los vizcaínos, no les fué ya muy difícil á Rodolfo y á Martin de Lamiaran poner tambien en fuga á los que hasta entonces tan heroica y tenazmente habian peleado.

Aunque á costa de mucha y muy buena sangre, la batalla estaba ganada. Las piedras de los caminos y las del puente, las que para la ereccion de un templo (1) se hallaban amontonadas á la orilla del rio, y las piedras y peñascos todos del valle y de las alturas quedaron, segun cuentan, enteramente teñidos de sangre, por lo que en vez de su antiguo nombre de *Padura*, se empezó á dar á la localidad el de *Arrigorriaga* que equivale á *lugar de piedras rojas*, que aún conserva, aunque muchos unen al moderno el primitivo nombre, llamándola *Padura de Arrigorriaga*.

VII

Los leoneses, gallegos y asturianos solo pensaban ya en salvar la vida. Corrian desaladamente hácia el Sur, siguiendo la márgen izquierda del Nervion, y ansiosos de hallarse fuera del territorio que tan audazmente habian invadido.

Lope Fortun y los suyos iban en su perseguimiento, acuchillándolos sin misericordia, porque comprendían que era preciso escarmentarlos cumplidamente, y porque querian vengar á sus muchos compañeros heridos y muertos en la batalla. Lope Fortun, ya muy irritado por la herida del conde de Tabira, habíase puesto hecho una fiera cuando, en el momento de declararse por los vizcaínos la victoria, vió caer herido á su amantísimo Rodolfo; así

(1) El templo, que se empezó á edificar poco tiempo despues de los sucesos que aqui se relatan, ocupó el mismo sitio que la actual iglesia parroquial, de la advocacion de Santa Maria Magdalena. En la parte exterior del mismo, y junto á la puerta principal, subsiste todavía el sepulcro de Odoario, que es un ataud de piedra sostenido por seis columnitas—no por cuatro, como equivocadamente se ha dicho—en cuya cubierta se ve esculpida una cruz de la misma longitud que el sepulcro. Junto á este hay un disco de piedra muy antiguo, con signos y caracteres desconocidos, que fué llevado á aquel sitio desde otro en que fué hallado en la misma anteiglesia. Durante la guerra de la independencia, los franceses, estimulados acaso por la codicia, abrieron el sepulcro, que jamás habia sido profanado hasta entonces, aventaron las cenizas, y se llevaron un espadon que en él habia.

Son muchos los que aseveran que el enterrado en este sepulcro fué el príncipe Ordoño el Malo y no Odoario. Pero mal podia Ordoño haber muerto, como se pretende, en la batalla de Padura, puesto que más adelante le vemos reinando en Leon (Ordoño II.)

es que no es extraño que mostrara en la persecucion el mayor encarnizamiento. No esperaba volver à ver à Estiguiz, à quien amaba como à un padre, pues se creia que no llegaria vivo à Tabira, à donde se habia empeñado en ser conducido; y en cuanto à Rodolfo, que habia sido trasladado à la torre de su amigo Sanson de Artunduaga, si bien habia esperanza de salvarle, su herida era tambien gravisima. Además, habia visto caer, heridos ó muertos en la batalla, à otros muchos amigos y compañeros muy queridos; así es que estaba èbrio de cólera, y con su ejemplo hacia que los soldados extermináran sin piedad à los fugitivos.

¡Con qué placer se hubieran estos detenido à descansar sobre la fresca hierba, à la sombra de los mimbres, de los chopos y de los nogales que se alzaban à la orilla del rio! Pero era preciso correr, correr siempre; correr sin un momento de reposo, sin volver el rostro, sin enjugar el sudor, sin apagar la sed devoradora. Aún así, era casi imposible salvar la vida.

Algunos la salvaron metiéndose entre los saucos en flor, los helechos y el escaramujo; ocultándose entre el follaje de los nogales arrastrándose à los cerros poblados de robles y subiendo à las copas de estos árboles frondosísimos.

A veces, la orilla que seguian los fugitivos se hacia impracticable, y tenian que vadear el rio y pasar à la orilla opuesta, para mas adelante tener otra vez que vadearlo por el mismo motivo. A veces, no habia mas espacio llano que el pedregoso lecho del rio, y tenian que correr por él luchando con la corriente, tropezando con los peñascos, hundiéndose en los agujeros, y ahogándose no pocos infelices en ellos. Llenas de miedo las ranas, sirenas de aquellos lugares, creian llegado el fin del mundo, é interrumpian su melodioso y variadísimo canto.

A la orilla del rio aparecia de pronto alguna fresca y deliciosa praderita cubierta de lindas mayas y sombreada por valientes nogales. En los sitios descubiertos, veianse, iluminadas por el sol, grandes alfombras de encendidas amapolas. En los lugares escarpados se ostentaban innumerables agabanzos, entre festones de hiedra y de vides silvestres. Las abruptas pendientes de los montes estaban cubiertas de centenarias encinas. Pero nada de esto veian los fugitivos. Solo veian à la Muerte; à la Muerte que venia pisándoles los ensangrentados talones, y blandiendo sobre sus cabezas la espantable guadaña.

Aquí el terreno se eleva bastante bruscamente, los fugitivos acortan el paso, bien à pesar suyo, y aumenta la matanza. En el punto en que mas tarde se alzó la casa consistorial de Arrancudiaga (1), Rodrigo de Yúrreta hirió en la espalda à un fornido

(1) Esta casa, que se levanta junto à la carretera de Bilbao à Pancorbo, ostenta en la fachada el escudo de la república, que es de oro con banda de sinople y ocho flanquis de oro en la bordura, que nos parece de sable,

asturiano, y este, volviéndose con el furor de la desesperacion, le dió la muerte. Pero casi en el mismo instante, un herrero de Ubi-dea tendió al asturiano á sus pies, descargándole un tremendo golpe en la cabeza con su terrible barra de hierro.

A los nogales han sucedido los castaños y las hayas. El brezo y otras florecillas esmaltan de mil colores los verdes collados, y la madreSelva, no contenta con servir de adorno, presta al ambiente su perfume embriagador. El valle se ensancha y se estrecha alternativamente, favoreciendo y dificultando la fuga de los vencidos. Hay un punto en que se convierte en desfiladero. Allí mueren á centenares.

¡Ah! ¡Cuántas madres esperaràn en vano à sus hijos queridos! ¡Cuántas pobres doncellas enloqueceràn al ver que sus novios no vuelven de la guerra!

Se habia ya puesto el sol para cuando los vizcaínos, hartos de sangre, llegaron á Lujaondo, en persecuimiento de los fugitivos, y divisaron á lo lejos la gigantesca é imponente muralla que forma la famosa peña de Orduña. La persecucion amainó un tanto.

Lope Fortun ya no mataba; no hacia mas que correr á rienda suelta. Empero su caballo tropezó con un soldado que extenuado de fatiga y no pudiendo ya dar un paso, se habia tendido en el suelo esperando resignadamente la muerte. Con sorpresa mezclada de alegría, el caudillo vizcaíno reconoció en aquel soldado al príncipe Ordoño el Malo, y su primer idea fué acabar con tan implacable enemigo de los vizcaínos. Alzó, pues, el ponderoso espadon, é iba á descargarlo sobre su cabeza; pero se detuvo, y dijo:

—No; no se dirá de mi que sin necesidad teñí mi espada en la sangre de un príncipe cristiano.

Y apeándose, y ayudando al casi exhausto Ordoño á levantarse, le dijo:

—Montad en mi caballo y poneos en salvo, señor: solo os suplico que me lo enviéis en cuanto os sea posible, pues téngolo en gran estima. Voy á dar orden de que cese la persecucion. Y no volvais jamás á llevar vuestras valientes huestes contra cristianos. Llevadlas contra los moros, que aun retienen las más feraces provincias de la peninsula. Nosotros os ayudaremos con todo nuestro poder á arrojarlos al Africa. Y yo os juro que no habrá en Leon, ni en Asturias, ni en Galicia, quien en esa noble empresa trabaje con mas ardor que Lope Fortun el Blanco.

Ordoño, sorprendido, apenas pudo balbucear algunas palabras

y decimos nos parece porque su color es indefinible. Lleva por divisa estos versos, llamémoslo así, que siento no poder presentar como modelo:

Arrancudiaga por blason
tiene ardid y fortaleza,
con vencimiento y nobleza
nuestra generosa accion.

de agradecimiento, y se alejó con la rapidez del rayo en el generoso corcel, que relinchó tristemente al alejarse de su dueño.

Entonces Zuria ordenó que cesaran la persecucion y la matanza, y golpeando con su espada el tronco de un corpulento roble que allí habia, roble que marcaba en aquel tiempo el limite del Señorío, y que desde entonces fué llamado el arbol *Malato* (1), ó *golpeado*, exclamó:

—Cubiertos de sangre llegamos á este árbol que en señal de ello golpeamos, y los que en adelante osen traspasar ésta frontera nos verán llegar aqui del mismo modo.

Este es el hecho famoso á que se refiere aquel conocido y antiquísimo cantar euskaro que dice:

O doldurik eldu gunien
mallatu arbola onetera,
eta urren datozanak bere
alan ikusiko gaitubeba.

VIII.

¿Quién pintará el entusiasmo de los vizcaínos despues de la victoria? Alzaron á Lope Fortun sobre su escudo, y lo pasearon por el campo á los gritos de ¡Vizcaya, Vizcaya, Vizcaya por Lope Fortun el Blanco! ¡Viva *Jaun Zuria!* ¡Viva Lope Fortun, señor de Vizcaya!

De este modo fué aclamado caudillo y señor de Vizcaya el egregio hijo de Lope Fruiz, señor de Montalban; de este modo fué aclamado caudillo y señor de Vizcaya el valeroso Lope Fortun, conocido en adelante por *Jaun Zuria*, que es lo mismo que *Señor ó Caudillo Blanco*.

Y Zuria, viendo colmados sus deseos, regocijábbase pensando en los muchos y grandes bienes que podía hacer y haría á Vizcaya, y en el placer inmenso con que pondría, á los piés de su bella y adorada Estrella de Orendáin, los gloriosos laureles que con su esfuerzo habia ganado.

(1) A la salida de Luyando por la carretera que conduce á Orduña, y al pie del monte de Luja, que dió nombre á la localidad, hay una cruz de piedra en cuyo pedestal se lee la inscripcion siguiente:

«Este es el sitio donde estaba el memorable árbol *Malato*, de que hablan las historias y la ley quinta del título primero del Fuero del muy noble y muy leal Señorío de Vizcaya, año de 1730».

Alguno ha leído erradamente 1780, y no ha sabido como explicarse esta equivocacion, pues consta que este monumento conmemorativo se erigió en 1729; pero seguramente la colocacion de la cruz debió quedar terminada el año siguiente, y por eso se puso en el pedestal la fecha citada, que está escrita con bastante claridad.

TERCERA PARTE.

SO EL ARBOL DE GUERNICA.

I.

Ya se acerca á su fin este ocrídico relato. Contómelo en su lengua misteriosa y dulcísima la rubia *maitagarri* que mora en los paradisiacos verjeles del insigne Duranguesado, y yo lo cuento ahora á mi modo, para honra y gloria de la nobilísima estirpe de Aitor, á la que he consagrado mi existencia.

¡Plegue á Dios que esta historia, leída en los honrados hogares de los montañeses euskaros, haga palpitar de gozo los tiernos corazones de las doncellas, avive la llama del amor pátrio en el hercúleo pecho de los mancebos, y haga que lágrimas de gozo rueden por las descarnadas y rugosas mejillas de los venerables ancianos!

Empecé esta historia á la sombra de los robles de Vizcaya, en la márgen deleitosa del rio que despues de besar las plantas á la antigua Tabirá, va á aumentar el caudal de Ibaizabal, y la concluyo lejos de aquella tierra bendita, á la sombra de los cidros y de los laureles, de los granados y de las palmeras, en la márgen florida del Segura orcelitano. Los poetas han cantado este rio de impetuosa corriente, que se desliza por entre glorietas de rosales y alamedas de gentiles palmeras; los poetas han cantado el rojo Segura, y bien merece el rojo Segura ser cantado; mas no se parece este rio, cuyas aguas cargadas de limo tienen un color amarillo rojizo, á los rios transparentes de mis amadisimas montañas.

Bella es esta tierra como el paraiso soñado por los sectarios de Mahoma, que durante siglos tuvieron en ella su predilecta morada; bella es esta tierra con su cielo azul, y su sol de fuego, y su vegetacion exuberante; bellas son las gallardas hijas de Murcia con sus frescos y húmedos lábios de grana, sus dientes blanquísimos, sus sedosos cabellos negros, sus aterciopelados ojos mas negros aun, su largas pestañas, sus finisimas cejas divinamente arqueadas, sus morenas mejillas, y su sonrisa, capaz de iluminar la noche más oscura y de ablandar un corazon de pedernal.

Pero para mí hay mas belleza y poesia en las brumas del Norte, en el cielo cubierto de multiformes nubes, en los frescos y espesos jarales donde el negro mirlo deja oír su alegre canto. Más me gustan las vírgenes del Norte, de cabellos de oro, de ojos azules, de mejillas de azucenas y de rosas.

Esta tierra es hermosísima; pero donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón, y mi tesoro está en Vizcaya. Allí está la virgen dulcísima que reina en mi corazón, y cuya imagen bella no se aparta un instante de mis ojos. Bien puedo, pues, ya que mi pensamiento y mi corazón están en Vizcaya, terminar aquí el veracísimo relato que empecé á orillas del río de Durango.

II

—Qué te sucede, Rodolfo?—decía Lope Fortun *el Blanco* á su amigo el noble germano. Nunca te he visto tan risueño, y bendigo al cielo que ha disipado la negra nube que velaba tu noble frente.

—¿Acaso no debo estar alegre hoy que los vizcainos, congregados so el roble de Guernica, se aprestan á confirmar la elección del ejército que te aclamó en Lajaondo, y á recibir tu juramento como caudillo y señor de Vizcaya? Confieso, sin embargo, que tengo también otros motivos para estar alegre; pero la historia es larga, y no puedo referírtela ahora que tienes que comparecer ante la asamblea.

—Cuéntame esa historia, amigo mío; cuéntame esa historia que ardo en deseos de saber. No me presentaré ante la Junta mientras no se me dé aviso de que se hallan en ella los representantes de todos los pueblos, muchos de los cuales no han llegado todavía.

—Escucha, pues, señor de Vizcaya.....

—Todavía no, Rodolfo. Aún no he jurado so el bendito roble, puesta la una mano sobre la cruz de mi espada y la otra en el glorioso pendon del Señorío.

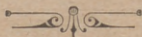
—Escucha, pues, Lope Fortun, que ha llegado el momento de revelarte el secreto que tantas veces has deseado saber.

»Yo me casé muy jóven, y aunque nacido y criado á la orilla del Danubio, en la hermosísima tierra de Suabia, tomé por esposa á una jóven de las orillas del Garona.

»Bella como un sueño de amor era Berta de Pompignac, y yo la amaba locamente; mejor dicho, la adoraba como á una deidad.

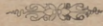
CONTINUARÁ

VICENTE DE ARANA.

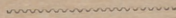




GABON.



NOCHE-BUENA.



I.

Las pintorescas montañas vascongadas contemplan los frondosos árboles que cubren sus faldas desnudos del brillante y verde follaje con que las engalanó la primavera; las altas cimas cubiertas de blanco sudario, se destacan sobre un cielo sombrío.

Los angostos valles y las pendientes laderas, donde el arado y la laya exigen à un suelo ingrato las doradas espigas y los esbeltos y verdes maizales, ayer jardin florido, orgullo del laborioso montañés, hoy solo reflejan el color mate y triste de la tierra húmeda, y tal cual faja de esplendente nieve al pié de la escarpada y sombría montaña.

Pasaron los claros dias del estío y las misteriosas y plácidas tardes del otoño; las heladas brisas del Norte, alados mensajeros del riguroso invierno, suspendieron la vida en aquella rica vejetacion, y cayeron unas tras otras las galas de la montaña, ostentando hoy solo los desnudos esqueletos de sus robles, castaños y nogales.

Es la hora indecisa del crepúsculo: tras un día pálido y frío llegan las largas horas de la noche de invierno. La naturaleza toda parece dormida, y solo las altas espirales que forma el humo en los aires, despedido por los cien hogares de los caseríos sembrados en el horizonte, dan alguna idea de la vida.

De pronto comienzan à dibujarse algunas formas vagas en lontananza; luego crecen y se acercan, y los caminos y los senderos recobran animacion y movimiento.

¿De dónde vienen esas gentes? ¿A dónde ván?

II.

El 24 de Diciembre de 185.., me sorprendió fuera de mi casa, en un pequeño valle enclavado en lo más montuoso de Guipúzcoa. El caserío que aquella noche debía albergarme, sólida y estensa construccion, se hallaba colocado sobre una colina à cuyo pié el Urumea no lejano de su origen, corría sobre un lecho de cantos. Altas montañas limitaban por todas partes el horizonte, y el paisaje tenía un carácter severo é imponente.

Todo en la casa respiraba limpieza y bienestar; la habitaba una familia de caseros bien acomodados. Notábase en ella un movimiento y preparativos extraordinarios, que contrastaban con la quietud y silencio que reinaban todo en torno, y no era mi llegada, acogida con cariñoso regocijo la sola causa.

Un anciano lleno de vida y robustez à pesar de sus setenta primaveras, de atlética constitucion, de bella y magestuosa presencia, era mi anfitrión (1). A su alrededor se agrupaba una numerosa familia: su mujer, digna anciana grave y hacendosa, un hijo casado que con su mujer y tres niños vivían en su compañía, otro hijo soltero y un criado.

(1) Uno de los más hermosos y honrados tipos vascongados que hemos alcanzado, Sebastián Miner de Hernani.

A pesar de lo frío y avanzado de la tarde, salí á un gran balcon que tenía la pieza de honor de la casa, que me habían destinado. La calma y atonía que reinaba á mi llegada en el horizonte, se había trocado en vida y movimiento; y á medida que el día desaparecía aumentaba la animacion en el valle y la montaña. Frescas y sonoras voces, alegres risas, subían con los últimos ruidos del día que moría por momentos; y estos ruidos se oían á gran distancia, pues apenas si un ligero vienteillo agitaba el ambiente. Todas aquellas gentes caminaban en diversas direcciones: cada cual se dirigía al caserío en que nació, donde aun vivía el gefe de la familia.

¡Y es que la noche que cubría ya la tierra era la *Noche-buena!*

III.

Brillantemente iluminada con los resplandores de enorme fogata, la cocina, estancia muy capáz, presentaba un espectáculo y confusion extraordinarios. Las limpias cacerolas que no estaban de servicio colgadas de las paredes cual pacíficas panóplias, reflejaban la llama del hogar; al frente asomaban al través de otras tantas claraboyas, cuatro cabezas de vacas y terneros que despachaban indiferentes su pitanza, colocados los pesebres en el grueso de la pared y parte en la misma cocina. Al lado de dos enormes arcones, rucetas y tornos de hilar, un niño descansando en la cuna y otros cien objetos estraños; meciéndose en el espacio, y cual girándolas suspendidos del techo, quesos y embuchados, pernils y cecinas.

Un muro de pucheros y cazuelas rodeaba el hogar, y todo en torno se agrupaban los habitantes del caserío y los que sucesivamente iban llegando. Y el número no era ya corto: tres nuevas y dilatadas familias cobijaba el hospitalario techo, dos hijos y una hija casados. El último recién llegado, traía pendientes de un palo tres enormes besugos.

Presto quedó aderezada una estrecha mesa, y entónces dada la señal por el ama jóven de la casa de que todo estaba pronto, púsose en pié el patriarca, y todos le imitaron. En medio del mayor silencio, pronunció pausada la oracion dominical; aquella sencilla plegaria, dicha en vascuence con vóz entera, y contestada en coro por todas aquellas voces, argentinas las unas, sonoras y graves las otras, pero con la entonacion de la verdadera piedad, era el primer acto comun de la familia reunida tras largos dias de ausencia. La pequeña mesa crugia muy luego bajo el peso de un enorme plato de berzas con aceite que parecia un volcan, tal humo despedía; y sucesivamente se mostraron el bacalao en salsa y asado, los besugos, sin olvidar el Inehursalsa (salsa de nueces); y para terminar la fiesta, manzanas cocidas y asadas, y una verdadera caldera de arróz con leche. No hago mérito de las castañas; el tamboril contenía celemínes que desaparecían por ensalmo.

¡Qué franca y cordial alegría! ¡Qué cariño tan sincero el que unía á la dilatada familia! Aquel venerable anciano en medio de sus hijos y nietos, era una página arrancada de la Biblia; era tambien, lo decimos con orgullo, el representante de nuestro edificio foral; la *tradicion* veneranda y venerada.

Cruzàbanse los chistes, y crecía la broma y alegría á medida que la noche avanzaba, y sin embargo, ésta al parecer tan completamente dichosa familia, tenia un pesar; faltaba á la reunion el más querido de los hijos, el Benjamin de la casa. A medida que habian ido llegando, todos preguntaban por su hermano, y oian contestar: ¡En Murcia! ¡léjos! y todos repetían ¡léjos! ¡No vendrá! El festín tocaba ya á su término, un monte de peladuras de castañas cubría el suelo, y los jarros de *Sagardúa* y vino comenzaban á descansar despues de un incesante trasiego. Entonces con fresca y clara vóz, una de las más jóvenes mujeres de la reunion, entonó un tradicional villanci-

co-zortzico, que todos repetían en coro. De pronto, en medio de aquel estrepitoso Babel, oímos lejano pero agudo y prolongado el grito de los montañeses... el *hujú-jú*; y como si un golpe eléctrico hubiera alcanzado á todos, todos estaban de pié, y el canto y las voces murieron cortadas donde las alcanzó esa indecible entonacion. Todos habían palidecido de placer; y un mismo instinto lanzó á aquellos hombres á la puerta de la casa, donde resonaba de nuevo el grito; pero ya fuerte, sonoro, alegre.

El hijo querido estaba en medio de su familia, y los abrazos y apretones de manos y golpes en la espalda, llovían sobre él; cada cual significaba su contento de un modo diverso, pero cordial en medio de lo brusco. Traía el Mútil trazas de haber hecho una larga jornada; el viaje total ya lo sabíamos, venía desde Murcia donde trabajaba en un camino, y no había realizado esta larga caminata en diligencia, sino en su casi totalidad á pié: aquella mañana mucho antes que el dia despuntara había salido de Mondragon, [y llevaba doce leguas largas andadas. Aquel hombre había dejado sus trabajos é intereses, había atravesado la España de uno á otro extremo en la estacion más cruda, solo por llegar á su casa y ver á su familia; ¡por hacer *Gabón!*

IV.

Todos los pueblos tienen sus días consagrados al hogar y á la familia, pero entre todos, el pueblo vascongado conserva pura é inalterable esta santa y tutelar costumbre.

La niveladora civilizacion en vano pasa sobre nosotros igualando razas, borrando el sello de nacionalidad y provincialismo, fundiendo en inmenso crisol á todos los pueblos y naciones; de la civilizacion tomamos los adelantos, y reechazamos el nivel que quiere matar nuestra originalidad.

La reunion de la familia, la vista del techo donde naci-

mos, los sitios donde corrieron nuestros primeros años, es el lazo más grande entre sus individuos; la voz de nuestros padres, y su recuerdo si no existen, es una elocuente lección para imitarlos. Aquellos objetos parecen decirnos: sed hombres de bien como los que vivieron bajo este techo, no echéis una mancha sobre su memoria.

Ni la distancia, ni aún à veces sus escasos recursos detienen al vascongado cuando se acerca este día; necesita respirar el aire de las montañas.

En medio de los trances más terribles de la anterior guerra de los siete años, aquellos hombres disciplinados y valientes que jamás abandonarou sus banderas, era imposible contenerlos la víspera de Navidad. Los batallones quedaban en cuadro, todas las boinas estaban en los caseríos: aun hoy recuerdan los que mandaban los lijeros batallones sus preocupaciones y apuros en esos momentos; era ocioso dictar severas órdenes, si para cumplirlas debian castigar à un ejército entero.

¡Bien venido seas Gabón! Cuando leo estas líneas en los llanos, los valles y las montañas, se celebra la fiesta de familia, que lo es tambien de un pueblo singular y querido.

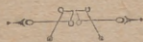
¡Conserva tus tradiciones y costumbres que desafiaron el curso de los años y de los siglos, que vieron desaparecer las de cien pueblos y razas, borradas ya del mundo en que vivimos, perdidas en el insondable mar de lo pasado!

LADISLAO DE VELASCO.





DOS ROMANOS.



Fantasia de Navidad.

—Desengañate, amigo mio: la filosofía no consiste en soñar en lo porvenir, sino en gozar de lo presente coronados de rosas, como dice mi querido Horacio. ¡Oh, que gran poeta es Horacio, y que buen camarada! Le conozco y le trato como amigo desde la infancia. *O sepe mecum!*.. el mundo, querido amigo, se va haciendo viejo, muy viejo, y siento mucho que hayas entregado un alma tan hermosa y tan adornada como la tuya á vagas utopias de progreso y de porvenir; condenas tu juventud á la inútil espera de un bien indefinido. El mundo marcha cada vez peor, créeme; es preciso aceptarlo tal como se nos presenta, y tomar, como buen convidado, la copa en el festin de la vida.

Así hablaba el tribuno Craso á su amigo el Centurion Valerio, cabalgando, seguidos de pequeña escolta, por el camino que guiaba á Belen, á las cinco de la tarde del sétimo dia, antes de las kalendas de Enero del año de Roma 746 cuyo dia corresponde á nuestro 25 de Diciembre. El tribuno tendria unos cincuenta años, y era de ancho abdómen, de coloradas y carnosas mejillas, pudiendo pasar por un Vitelio.—Discípulo de Epicuro, no se cuidaba más que de pasar alegremente la vida, como aconsejaba Horacio, según hemos visto.

El Centurion Valerio frisaba en los treinta años: alto y delgado,

nariz aguileña, rostro pálido, ancha y protuberante frente, abrigo de profundas ideas, parecía buscar la solución de un enigma difícil, contemplando con mirada pensadora las soledades de las cercanías de Jerusalén. Dirigianse á Belén á hacer el censo de sus pobladores, obedeciendo las órdenes del divino Augusto.

El epicúreo Craso seguía infatigable en su charla, alabando la vida del goce, encomiando á Augusto y á Horacio, y la grandeza de Roma señora del universo, sin obtener de su compañero de viaje ni siquiera un monosílabo de aprobación ó de contradicción.

Cansado ya de tanto silencio, le dijo:

—Me parece, Valerio, que vas degenerando de tus nobles antepasados; los sueños del judaísmo.....

—Basta—responde Valerio con noble altivez;—acabemos, ya que así lo quieres, con esta broma pesada: me explicaré del mejor modo que pueda. ¿Qué quieres, Craso? no todos se pueden consolar con copas de Falerno. No soy judío, ni quiero serlo, como tu insinuas, sino romano, completamente independiente y libre de toda superstición y vanos escrúpulos. Todo lo he sentido y apurado todo, y sin embargo, me muero de fastidio en medio de los placeres.

Las alegrías de este mundo ahondan mis deseos, y dormiría como tú en el goce, si un no sé qué de infinito no viniese al punto á inquietar mi sueño y á lanzarme en ansias ilimitadas. Deseo, espero y llamo: ¿qué ó á quién? No lo sé; llamo lo que debe venir para responder al profundo instinto que abriga mi alma: creo en un bien que ignoro, y si en él no esperara, ni un sólo día quisiera vivir en este misero mundo.

—¡Por Hércules! Me parece que estás enfermo, amigo mío—repuso Craso con voz paternal—Pero vamos á ver: ¿qué es eso á que llamas lo *infinito*, y cuyo nombre ni aún se conoce en la lengua de Roma? O crees que el hombre para ser feliz necesita buscar un mundo superior á él? El secreto de nuestra felicidad se halla en nosotros mismos y en los bienes que nos rodean, según dice el buen sentido. ¿Para qué desear tesoros que á nuestra naturaleza no es dable alcanzar? Y aunque tales tesoros existan renuncio á ellos por no condenarme al suplicio de Tántalo. Pido, pues, humildemente á los dioses que me dejen tranquilo en la tierra, y que no turben mi vida con el ansia desesperada de sus bienes, pues yo, pobre mortal, tampoco intento turbar los placeres

del Olimpo. Cada cual en su casa, y páselo como mejor pueda. ¡Por Júpiter! mi querido Valerio, hace ya mucho tiempo que yo no habia filosofado tan admirablemente.

—¿Y te contentas—le replicó—con ligera sonrisa, con los bienes que encuentras en este mundo? ¡Qué poco ambicioso eres, Craso! ¡Vas á llegar á la vejez, se acercan las enfermedades y la noche de la vida, ¿y que te vá á quedar de todo? El amargoso de-jo de escasos goces comprados con el sufrimiento de los demás: dolores estériles, sin consuelo, y sin razon: el sentimiento de inmensa decepcion durante la vida, y la nada, la horripilante nada, despues de la muerte! ¿Y para esto has recibido viva y ardiente inteligencia que procuras extinguir, corazon capaz de amar, cuya generosa y sincera bondad he conocido más de una vez?

No lo creo, Craso: no puedo creer que tal sea el destino humano: creo en una solucion mejor del problema, en una revelacion que nos mostrará lo que en vano buscan nuestros ojos: creo que la humanidad no continuará girando eternamente en las tinieblas, aunque hasta un dios tuviese que venir á traerle el tesoro de la verdad.

—¡Bravo, Valerio! Eso si que es una solucion—dijo riendo el epicúreo:—¡ya no se trata, *charissime*, si no de romper las cadenas de Prometeo, para que pueda volvernos á traer el fuego sagrado!....

—No te rias tan pronto de los antiguos sueños de los sabios: siempre me ha llamado mucho la atencion la fábula de Prometeo.

—Eres tan jóven!—exclamó Craso, tendiendo la mano á Valerio, que la tocó sin reir.—Y—que hermoso es—continuó Craso, separando su caballo del de Valerio—ser jóven, cuando el mundo va siendo tan viejo.

—Mi querido Tribuno—replicó el jóven—no tenemos dos ideas semejantes; yo por lo contrario creo que el mundo es muy nuevo, y que apenas ha salido de las tinieblas de la infancia: le hallo en la víspera del despertamiento moral de su conciencia y de su corazon. ¿Qué maestro le ha enseñado, ó qué mano poderosa le ha guiado por el verdadero camino de sus destinos? la humanidad se parece á un pobre niño entregado desde la aurora de sus dias á malévolo genio, que ha podido extraviarle, pero no perderle sin recurso, y que no espera para caminar por la via de la verdad y del bien, mas que el socorro de alguién, cuyo sacrificio será sin límites, porque ilimitado será su amor.

—¿Y creés en ese alguien?

—Si.

—¿Y esperas que venga?

—Si.—

—Estas mas enfermo de lo que pensaba, Valerio—dijo gravemente Craso.

Profundo silencio guardaron los dos romanos entregándose cada cual à su mas favorito pensamiento. Salian en aquel momento de los desfiladeros que flaquean la montaña de Sion; atravesando el valle de Cedron, subieron por una colina que dominaba un horizonte majestuoso. Al Norte, dejaban tras sí à Jerusalem, que enrojecia à los últimos reflejos del Sol; al Poniente, se descubrian las montañas de Judea, y hácia Levante, más allá del mar Muerto las montañas de Arabia. Valerio, como ensimismado, dejaba vagar su mirada por el abrupto perfil de las cumbres que se destacaban en el crepúsculo de la tarde. Craso llamó à dos esclavos de la escolta para que se adelantasen à preparar en Belen posada para la comitiva. El epicúreo, fatigado del frio de la tarde y de las molestias del viage, suspiraba por las delicias de Roma, y juraba por todos los dioses del Olimpo que aquel seria el último año que serviria en Oriente.

—¡Qué admirable es el Oriente!—pensaba Valerio sin escuchar à Craso.—Es cuna de toda luz, y ¿qué grandeza ha durado que no haya venido à consagrarse en él? ¿Qué doctrina ha vivido que no haya nacido en esta parte del mundo? Las antiguas tradiciones dicen que son llegados los tiempos en que recobrarà nueva fecundidad, y dirigirá el mundo. No sé qué instinto me impele à amar estas tradiciones. ¡Cuando contemplo estas montañas de la Judea, antiguo país de prodigios, regiones llenas de Dios, pareceme que tras ellas va à surgir la aurora de un siglo nuevo!

Montañas de Palestina, desiertos silenciosos y mudos desde que eternas voces han resonado en ellos, ¡cuánto más me gustan vuestros torrentes y vuestras soledades que los soberbios monumentos de Roma! ¡Vale más una hora pasada en tus austeras soledades que la gloria tumultuosa del Capitolio!

—Ahora entramos en el campo de Rama—dijo un poco amostazado Craso, viendo que Valerio no contestaba à su sempiterna charla.

Y en efecto, llegaban al campo de Rama, célebre por el fúnebre lamento de Raquel, inconsolable por la muerte de sus hijos. Aque-

lla soledad, cubierta por los velos de la noche, parecía más solemne que de ordinario. Los caballeros llegaron à la tumba de Raquel, que algunos judios de la escolta iban à besar, si la severa voz de Craso no se lo hubiese impedido, ordenando que nadie durante la noche, abandonase las filas, sopena de ser cargado de cadenas. Todos callaron: solo un anciano judio murmuró:

«¡Hija cruel de Babilonia, dichoso el que se apodere de tus hijos y los aplaste contra una piedra!»

—¡Que supersticiosos son estos judíos!—dijo Craso;—la semana pasada tuve que restablecer el orden en el templo,—que parecía un corral con sus bueyes y ovejas para el sacrificio. ¿Nó es cierto, mi querido compañero, que es un absurdo querer agradar à los dioses, inmolando y quemando animales sobre sus aras?

—Yo no lo creo así—replicó Valerio;—verdad es que soy escéptico, lo que me hace sufrir mucho: pero mi escepticismo no me impide reconocer por doquiera los rasgos generales de una religion universal, que más bien es la alteracion de una verdad que un simple error. El sacrificio es uno de esos rasgos generales; y ¿cómo creer que una costumbre de todos los pueblos y paises, no tenga su razon de ser más que en la versátil imaginacion humana? No, no; el hombre culpable ha sentido la necesidad de satisfacer à la justicia del cielo: busca, pues, una victima en él ó sobre él, pero quisiera la inocente y capaz de reconciliarle con los dioses. Si alguna vez apareciese un nuevo Hércules sobre la tierra para purificarla y salvarla, todo me dice que debería sufrir y morir por ella.....

—Ea, Valerio,—le contestó Craso, esforzándose por reir—no me hallo à tanta altura. Dejemos esos sueños, para mi incomprendibles, y tratemos del modo con que vamos à desempeñar nuestra mision en Belen.

Pero ¿qué quiere decir Belen? ¡Eh viejo judío!—añadió dirigiéndose à un anciano de la escolta—acéreate y dinos lo que quiere decir esa palabra.

Un judío acudió al llamamiento del tribuno y empezó lentamente su explicacion.

Belen quiere decir «casa de pan,» Señor.

—¿Y qué más?

—Dicen nuestros rabinos que este nombre es simbólico, y significa que Belen nutrirá un dia à todas las naciones de la tierra.

—¡Bravo!—exclamó Craso:—estos mendigos estan empeñados en salvar al mundo. Prosigue.

—Se llama tambien Belen *Ephrata*, es decir, la fecunda, la fructuosa, porque será la más rica y bienhechora del universo, y extenderá sus tesoros por todos los ámbitos del mundo. Esta ciudad pertenece á la tribu de Judá, y los ancianos del pueblo la llaman ciudad de David, porque ha nacido en ella el santo profeta.

—¿David no ha sido uno de vuestros reyes?—le contestó Craso.

—Sí señor; nuestros rabinos dicen que el haber nacido David en Belen significa que el verdadero David, esto es, el verdadero Rey de todo el mundo, á quien se le han prometido en herencia todas las naciones, ha de nacer en Belen.

—Y ¿cuándo ha de venir ese verdadero David, ese Rey universal, ese salvador del universo? ¿Cuándo nacerá en los palacios de Belen....?

Y diciendo esto, se inclinó hácia adelante, como intentando descubrir un objeto en la oscuridad.

—Según el cálculo de las semanas de Daniel—replicó el judío—debe venir muy pronto....

—¡Muy pronto!—replicó Craso—tanto mejor; mucho me alegraría de.... Valerio—dijo el tribuno interrumpiéndose—¿qué es eso que va andando delante de nosotros?

El jóven centurion parecia salir de un sueño: miró y dijo:

—Un pobre hombre y una mujer, que caminan lentamente. Pronto les alcanzaremos.

—¡Sí será ese tu Mesias, que vendrá á tomar posesión de su trono de Belen?—dijo con insolencia el epicúreo tribuno al judío.

Al oírle, el viejo se estremeció como un jóven: detúvose, y lanzando al romano una fiera mirada, le contestó:

—¿Quizá!...

Y de un salto, perdióse como un gamo en la oscuridad y en la maleza.

—¡Quizá! repetía por lo bajo Valerio—y turbación extraña le hizo latir el corazón y las sienes. Acercábanse á Belen: estrecho y escabroso era el camino, y á los pocos instantes, el caballo de Craso alcanzó á los dos viajeros que ántes habian visto.

—¿Quièn eres tú?—gritó el tribuno. El así interpelado volvió el rostro: en él se dibujaba la mayor dulzura, unida á la más viril energía. Saludó noblemente y respondió en hebreo, lengua que solamente conocía Valerio.

—Te contesta que se llama José—dijo Valerio—y que se dirige á Belen con su esposa á cumplimentar las órdenes del César.

—Y ella, ¿cómo se llama?—Continuó Craso.

El extranjero respondió en hebreo algunas palabras.

—Se llama Maria—dijo Valerio á Craso—y padece mucho.

El epicúreo tribuno lanzó una palabra cruel, que indignó al jóven Valerio.

—¡Cállate!—le dijo con noble fiereza. Un movimiento de los caballos separó en aquel momento á los dos extranjeros: José se quedó al lado de Craso, y María al lado de Valerio. El jóven romano se conmovía en lo sus más profundo de entrañas; extraña turbación se apoderó de su vista, y sintió que sus labios pronunciaban acentos para él desconocidos: inclinóse hácia la que marchaba á su lado, y tembloroso le dijo por lo bajo en hebreo.

—Oh tú, quien quiera que seas, que te llamas *María*; yo no sé qué instinto me impele á preguntarte el secreto de mi destino! ¡Hija de Judá! He leído los escritos de tus profetas, y he luchado entre mi desesperación y sus promesas: si tienes una sola palabra que pueda iluminar mi alma; en nombre del cielo, habla! La viajera no desdeñó la súplica del romano; volvióse hácia él, en el momento en que, desgarrándose una nube, el astro de la noche iluminó con sus dulces rayos el rostro de la Virgen. ¿Quién podrá describir la belleza de aquella vision divina? ¿Qué pluma capaz de trazar sus rasgos? La Virgen estaba pálida, y en su purísima frente esplendían fulgores seráficos: ningun mortal vió su mirada; pero condulce y austera voz pronunció estas palabras:

—*¡Bien aventurados los limpios de corazón, por que ellos verán á Dios!*

Despues de oír estas palabras, Valerio nada más oyó, ni vió ni sintió nada. Cuando salió de su sueño, hallóse solo en una habitación de la posada, con el codo apoyado sobre una mesa; ante él estaba un rollo de *papyrus*.

Lo desarrolló. Era el diario de su vida: las últimas líneas eran copia de la égloga 4.^a con que Virgilio, el poeta amado de Augusto, había encantado á Roma, y que un amigo había remitido al jóven caballero. Horas antes de salir de Jerusalem, Valerio, conmovido por el espíritu profético de aquellos versos, había copiado algunos trozos, los siguientes, traducidos despues por nuestro *Fray Luis de León*.

«La postrimera edad de la Cumea
y la doncella vírgen ya es llegada,
y torna el reino de Saturno y Rea.

Los siglos tornan de su edad dorada;
de nuevo largos años nos envia
el cielo y nueva gente en tí engendada.

Tú, Luna casta, llena de alegría
favorece, pues reina ya tu Apolo,
al niño que nació en aqueste día.

En este vuestro, en este consulado
Polio, de nuestra edad gran hermosura,
tendrá principio el rico y alto hado.

En él comenzarán con luz más pura
los bienhadados meses su carrera
y el mal fenecerá si alguno dura.

Lo que hay de la maldad nuestra primera
deshecho, quedarán ya los humanos
libres de miedo eterno y ánsia fiera.

Mezclado con los dioses soberanos
de vida gozará (cual ellos) llena
de bienes deleitosos y no vanos.

Emprende, que ya el tiempo viene andando,
pimpollo divinal, obra del cielo;
á tí solo lo grande está aguardando.

Mira el redondo mundo, mira el suelo,
mira la mar tendida, el aire y todo,
todo esperando el siglo de consuelo.

¡Oh, si el benigno hado de tal modo
mis años alargase, que pudiera
tus hechos celebrar y bien del todo!»

Valerio tomó el *papyrus*, y quiso escribir en su *Diario*, su salida de Jerusalen, las preguntas de Craso, sus propias respuestas, para él mismo misteriosas; la impresion extraña de las soledades de Palestina, sus sueños, sus deseos, sus esperanzas, más fuertes y más impacientes que nunca; las revelaciones del viejo judío, aquel ¡quizá! que le habia oído: el encuentro de los dos extranjeros: aquel

lla mujer, más noble que una diosa, más pura que un ángel: el dulce nombre de María, el esplendor sobrenatural de su rostro divino; el timbre de aquella voz, dulce como la de un niño, fuerte como la eternidad; su frase extraña; el éxtasis en que le había sumergido cierta indefinible alegría que sentía su alma despues de tantos años ¡ay! de escepticismo y de tristeza; el vago sentimiento de un destino cumplido, un inmenso deseo de la muerte..... todos estos recuerdos, todos estos sentimientos se atropellaban en el corazón de Valerio. Estaba como anonadado, inclinado sobre la mesa y oprimiéndose la frente con las manos.

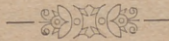
Súbitamente se puso en pié: parecióle que extraordinaria luz disipaba la lobreguez de la noche, y dirigiéndose apresurado hácia la terraza que dominaba la campiña de las cercanías, parecióle que todo estaba ardiendo, que el silencio mismo se animaba, y que el eco lejano de inefable melodía le traía la dulce y penetrante frase: *Paz á los hombres de buena voluntad*. El jóven romano tuvo miedo de si mismo; creyéndose atacado de deméncia; y huyó: pero despues de haber atravesado el dintel de su habitacion, sintió que su fébril agitacion habia sido remplazada por profunda paz, y á los deseos y esperanzas que torturaban de muy antiguo su alma, habia sucedido como la certidumbre de poseer un inmenso tesoro. Desde aquel dia, Valerio ya no buscó: ¡amó!

Aquella faz divina no le abandonó ya. Apenas habian corrido dos meses despues de verificado el censo mandado por Augusto, cuando murió Valerio, siendo la última palabra que pronunciaron sus labios: ¡María!

Los que hallaron el rollo de *papyrus*, en el que confiaba sus impresiones el jóven centurion, se asombraron al ver que terminaba el 25 de Diciembre. En la página correspondiente á este dia, solo hallaron dos lineas escritas en hebreo: *¡Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios!*

Y por bajo, un nombre: el de aquella viajera que en la hora de su muerte purificó sus labios: ¡María!

VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.

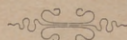




LOS CARNOT

POR

FLÜCELN



(CONCLUSION)

Puede parecer extraño decir que Carnot no estaba afiliado á ninguno de los partidos que á sangre y fuego se disputaban la direccion de la república; y sin embargo así era. Generalmente votaba con la montaña, pero esta conducta era consecuencia lógica del carácter y modo de pensar de Carnot, que no retrocedía ante la dureza de los medios, con tal de asegurar el fin sagrado de conservar la libertad á tanta costa comprada; nadie mejor que Mr. Thiers ha expuesto esta triste necesidad de la consecuencia en aquellos luctuosos dias; y él por su historia, como Carnot y otros muchos por sus hechos, aparecen ante la posteridad irreflexiva como gentes de empedernido corazon y peligrosas ideas. Pero en una biografía de Carnot importa mucho hacer resaltar la independencia política del protagonista, así como el principio inmutable del bien de la patria, que informó todos sus actos; de otro modo despues de haberlo vituperado, hasta Thermidor, como ciego sectario montañés y jacobino, nos exponemos á tacharlo en adelante de bonapartista y hasta de monárquico, inclinándose el ánimo á hacer descender de su pedestal la figura acaso más completa de la Revolucion francesa. A esto tienden los periódicos monárquicos de la vecina república, que ven con disgusto al pueblo francés enlazar los modestos méritos de su primer magistrado con la memoria sacrosanta del hombre, que conservó la naciona-

lidad de la Francia; y por eso, pasando en silencio los gloriosos años de la epopeya victoriosa, detienen con fruición en las pretendidas debilidades de un hombre, que no tuvo á su disposición aquel egoísmo indispensable para estimular héroes del fuste de Bonaparte, los cuales jamás caen en la inconsecuencia de abandonar su propio partido; pero el ciudadano virtuoso y desinteresado, que antepone á todo el bien de la patria, que aleccionado por la experiencia sabe que ese bien es complejo producto de lo posible y de lo ideal, no es extraño que en épocas sucesivas se incline, ora á un lado ora á otro; pudiendo equivocarse, jamás rebajarse, cuando al desacierto nunca sigue la humillación, ni al éxito el propio y desmesurado provecho.

Así debían comprenderlo los contemporáneos, pues la reacción de hermidor conserva en su puesto á Carnot; el cual no abandona á sus antiguos colegas, antes bien los defiende con tal empeño y tenacidad, que hubo de abandonar el poder; y no faltó á seguida un diputado que pidiera su acusación; pero aquella misma Llanura, que alguna vez había temblado ante el inflexible convencional, comprendió que era un delito contra la patria atentar á la vida del organizador de la victoria.

Al plantearse la constitución del año 3 Carnot entra en el Consejo de los Ancianos, elegido por 14 departamentos, y forma desde luego parte del Directorio. Durante esta época de influencia, relativamente tranquila, la actividad de Carnot se dirige al fomento de la enseñanza técnica, y crea ó coadyuva á la creación de varias escuelas técnicas, civiles y militares. Dibújase ahora una de las más hermosas cualidades de aquel hombre verdaderamente grande; lejos de cercenar la iniciativa, y de disputar influencia á los jóvenes generales, que mandaban los ejércitos de la república, constitúyese en su decidido campeón; Bonaparte sobre todo alcanza en el ánimo del rígido republicano un incontrastable ascendiente; y Napoleón, que como todos los grandes egoístas no comprendía que la abnegación sea un mérito, no deja de observar con cierta ironía que Carnot era un grande hombre, que se dejaba engañar fácilmente; lo que era Carnot un hombre que creía haber roto con el pasado para siempre, y quería conservar para el porvenir todos los grandes talentos, todas las grandes aptitudes que la revolución había evocado á la vida pública.

Al llegar la intentona de Fructidor Carnot se vió envuelto de tal suerte en la conspiración realista, que le fué preciso emigrar á Alemania; no tenemos datos suficientes para explicar satisfactoriamente este oscuro episodio de la vida de nuestro héroe; pero

toda su historia nos autoriza á sostener que Carnot no pudo conspirar contra la república, y que fué víctima de cábalas é intrigas que le obligaron á alejarse de su pátria; si acaso, puede verse un momento de debilidad en no haberse atrevido á arrastrar un juicio como realista, el que lo había arrastrado como compañero de Robespierre. Con el 18 de Brumario vuelve Carnot á su pátria, y el primer cónsul lo nombra sucesivamente inspetor de revistas y ministro de la guerra. Pero en tales puestos Bonaparte encuentra al admirador de su génio militar, pero al adversario de sus atentados políticos, ya no era tiempo de oponerse á la marcha incontrastable de los sucesos, y despues de algunas tentativas de oposicion, Carnot deja oscuramente el ministerio y pasa al tribunado. Allí se oscurece su figura, pues nada puede brillar en aquella encendida atmósfera de gloria militar y prepotencia política, que constituye la historia del primer imperio; pero llegan los dias de la adversidad, el enemigo extrangero salva las fronteras de la pátria, los hombres grandes de la epopeya napoleónica han ido dejando sus huesos en los campos de batalla, y el emperador, que esta vez no quiere salvar la corona á costa del empequeñecimiento de la pátria, recurre á los restos gloriosos de la epopeya republicana. Carnot acude al llamamiento del jefe militar de la Francia, y cuando este le dice «Señor Carnot, lo que V. quiera, donde V. quiera, y como V. quiera» el noble sexagenario escoge la ciudad de Amberes, y encerrado en ella solo se rinde cuando en Francia reina el hermano de Luis XVI. Es fama que en esta noble defensa recibió parlamentos de Bernadotte, á los cuales contestó con altivez «No conozco al príncipe real de Suecia, sino como un enemigo de la Francia; el mariscal Bernadotte, mi antiguo amigo, ya no existe.»

Al volver Napoleon de la isla de Elba, Carnot fué nombrado ministro de la guerra; no debe olvidarse que en esta ocasion, el emperador lisonjeaba á todos los elementos revolucionarios, cuyo concurso entusiasta consideraba indispensable. Despues de Waterloo; Jouché obligó á Carnot á formar parte del gobierno provisional; y aun recientemente hemos visto un documento, cuya autenticidad no nos consta, en que Carnot reconoce explícitamente la legitimidad de Luis XVIII. Pero ni esto, ni la simpatía que inspiraba al Czar Alejandro, por su noble comportamiento con los prisioneros rusos de las guerras del Consulado, le sirvieron para disculpar su condicion de regicida; y por segunda y última vez abandonó la pátria, que no había de pisar; más afortunado al ménos que Ney y Brune, no tuvo la amargura de morir á manos de aquellos franceses, por los cuales tantas veces había

arriesgado la vida. Ocho años vivió en el destierro, primero en Varsovia, después en Magdeburgo; allí murió en brazos de su hijo Lazaro Hipólito; y allí se conserva la modesta lápida, que cubrió sus restos mortales, que aun se cuida piadosamente, sufragando los modestos gastos por partes iguales el municipio de la ciudad alemana, y la familia del héroe.

Lo que prueba hasta qué punto los hombres olvidan á los muertos, es la unanimidad con que los periódicos franceses suponen que las cenizas de Carnot reposan en Magdeburgo; hace bastantes años que el hijo y el nieto han traído los restos del grande hombre á dormir el sueño eterno al lado de sus antepasados, en el viejo cementerio de Nolay. Allí tambien puede el viajero contemplar una estatua del héroe de la defensa nacional, y la modesta casa en que nació.

Y ahora dediquemos breves líneas á otras glorias, en las que felizmente nadie encontrará manchas de ningún género. Carnot es una figura eminente en la historia de las matemáticas; sus teoremas sobre la pérdida de fuerzas vivas en el choque, y sobre la proyeccion de los contornos cerrados forman hoy dia parte integrante de la enseñanza clásica de la mecánica; su inventor es de los primeros en sacudir el yugo de las convicciones analíticas, para pedir á la observacion directa de los fenómenos naturales base más sólida, en que fundar las prolíficas ecuaciones del análisis. En sus «Reflexiones sobre la metafísica del cálculo infinitesimal» vuelve á poner en vigor el método filosófico de Leibnitz, contrariando las tendencias empíricas y méramente alquímicas de las derivadas de Lagrange. Con la teoria de las trasversales, y la geometría de posicion, abre el camino á Poincot, á Charles, á Abel, á Jacobi, á tantos otros, entre los que descuella Poucelet; acaso ménos filósofo que Carnot, pero más feliz en sus invenciones matemáticas; de todos modos Carnot figura entre los primeros que devuelven á las matemáticas un poderoso instrumento enmohecido por el desuso, y que hoy ha trasformado la enseñanza de la geometría.

Tambien Carnot rindió culto á la poesía; y si las ligeras canciones amorosas, que del Almanaque de las musas desentierran hoy los periódicos monárquicos, no son obras maestras, otras composiciones de más aliento, que debieron nacer en los años de destierro, denotan, sinó el poeta de genio, el talento poético estimulado por la contemplacion de una vida propia, que en las grandezas vívidas encontraba fuente abundante de seria y conmovedora inspiracion.

Y ahora por todo comentario, imitando la sobriedad de la

inscripcion, que corona la tumba solitaria de Magdeburgo, diremos al lector «ese fué Carnot».

Dos hijos varones tuvo; nació el primero en el palacio de Luxemburgo, en 1796; llamábase Nicolás Leonardo Sadi; en 1814, alumno de la escuela politécnica, se batió bravamente contra los aliados. Oficial de ingenieros, como su padre, no pudo acompañar á éste al destierro. Dejó el servicio hácia 1823, es decir cuando murió el gran Carnot, y desde entonces se dedicó al cultivo de las ciencias, hasta que en 1832 murió. Tal vez el influjo, entonces pernicioso, de su nombre le privó de una gloria, que le hubiera satisfecho tanto más cuanto que podía considerarla como preciada herencia del autor de sus días. Con el modesto título de «Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego» escribió un libro, que pasó desapercibido desde 1824 hasta 1841, en que volvió á Francia colmado de los elogios de los sábios ingleses; era sencillamente la base de la termo-dinámica, en la que descartadas las ideas relativas á la materialidad del calor, se han fundado los hermosos trabajos de Clapeyron, Colding, Bankine, Clausius, Hiru y tantos otros hombres eminentes, hasta el ilustre Berthelot. Si el padre dotó á la ciencia abstracta de las matemáticas de un poderoso instrumento, el hijo sometió á este instrumento la mayor parte de los fenómenos naturales, pues la teoría mecánica del calor es el mayor mérito científico del siglo XIX.

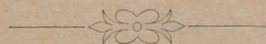
Si al mayor de sus hijos cupo en herencia el talento científico del padre, el segundo, Lázaro Hipólito heredó la rectitud política; nació en 1801, y acompañó á su padre en el destierro; en su carrera ocupó puestos eminentes dentro del partido republicano, al que siempre perteneció; hoy es el decano del Senado Francés; y despues de haber cerrado con filial piedad los ojos de un padre adorado, que habia sido el salvador de la independencia francesa, hoy á los ochenta y seis años puede esperar con noble orgullo que su hijo, el nieto de aquel grande hombre, con solo conservar el talento y la virtud heredadas salve, á un siglo de distancia, la gran república francesa. Bien puede Francia ostentar con orgullo la pebleya dinastía de los Carnot.

FLÜGELN.





¡VAYA UN DIA DE CAZA!



(HISTORICO.)

El mes de Octubre tocaba á su término.

El otoño, estacion más parecida al invierno que al verano en las provincias del norte, se presentaba bastante frio.

Sin embargo, por uno de esos cambios atmosféricos tan bruscos como frecuentes en la region septentrional de nuestra península, hacía dos ó tres dias que el sol prodigaba sus rayos con una fuerza inusitada, dada la estacion, pareciendo, su calor, darnos por aquel año su último adios, como lo dá la luz de una lámpara que parece revivir pocos momentos, antes de morir por consuncion.

Acababa de levantarme y disponíame á salir de casa, cuando me ví agradablemente sorprendido por la visita de mi buen amigo C... oficial de caballería, jovial y decididor como pocos.

—Vamos, muchacho,—me dijo sin más preámbulos,—es preciso aprovechar el dia; tenemos proyectado ir de caza y suponemos que serás de la partida.

—Pero, hombre,—le repliqué,—vosotros no quereis cazar.

—¿Pues?

—¿No sabes que *mi mala sombra* es suficiente para hacer que en todo el día tropecemos con el rastro de una liebre?

—¡Qué cosas tienes! de todas maneras, aun cuando los galgos no levanten ningun *bicho*, nos pasaremos y pasearemos los caballos, que bien lo necesitan. Con que andando. Vístete de paisano, en tanto ordeno que te traigan mi caballo. ¡Ya verás qué animal!

—Pero.....¿saldré por las orejas?

—No, es manso y aun cuando el otro día despidió al ordenanza, fué culpa del chico y no de *Tostado*, de manera que puedes montar seguro. Date prisa, que aguardamos; adios; la reunion en la puerta de mi casa.

Quedéme solo, y mientras cambiaba mi marcial ropage por un modesto traje de paisano, pensaba yo en la *manse-dumbre* de *Tostado* y temiendo me jugara alguna *tostada* parecida á la del mal parado ordenanza de C...

La palabra *despidió*, así, á secas, me dejó helado, y no sé porqué, se me figuraba que la tal despedida no habia de estar ajustada á las reglas de la más exquisita cortesía.

Sin embargo, algo me tranquilizaba el saber que la culpa no fuè toda entera del irracional.

Yo, descendiente, aunque humilde, de aquellos soldados que hicieron para siempre inmortales los tercios españoles en Rocroy (con todos estos rodeos quiero decir, que me honro en pertenecer á la modesta infantería) no tengo, por esta sola razon, grandes motivos para saber manejar un brioso corcel de guerra; no obstante, aun cuando mi figura no resulte en equitacion un acabado modelo de estética ni gallardía, creo tenerme bastante regular á caballo y en caso de apuro..... ¡qué diablo! ¿para qué está la *quinta rienda*?

Concluido mi atavio y antes de descender las escaleras, me dirigí al cajon de mi mesa, de donde tomé un par de terrones de blanca azúcar, fruto de mis ahorros en el diario café del Casino.

El caballo era goloso y quise tenerle de mi parte, antes que sintiera, sobre sus lomos, el peso no escaso de mi humanidad, ofreciéndole *desinteresadamente* aquella golosina.

Haciendo acto de contrición bajé los peldaños con el latiguillo en una mano y el azúcar en la otra y ya en la calle, me encontré un soldado que tenía del diestro un precioso animal, negro peceño, cuyo constante manoteo, viveza de ojo y continuos estremecimientos nerviosos, acreditaban la fuerza, vigor y pureza de su ardiente sangre jerezana.

No hay para qué decir, que cambié de color.

Tímidamente y con la palma de la mano ofrecí mis terrones al noble bruto que, estirando el cuello y dilatando las ternillas de su roja nariz, los tomó con sus bellos con la mayor pulcritud, casi, casi con educación.

Ya éramos amigos.

Indeciso me encontraba aun sobre si montar, ó mandar un recado dándome de *baja* para aquella expedición cinegética, cuando por la boca calle próxima vi aparecer en alegre peloton á C... y á una porción de amigos, todos á caballo.

—¡Qué calma, señor, que calma!—oí que me decían.

No quise pensarlo más y procurando recordar las reglas hípicas aprendidas *in illo tempore*, dí con mi cuerpo en el sillín.

—¡*Mucho!* dijeron á mi espalda, reconociendo yo la socarrona voz de C...

—Se tiene, se tiene.

—Pues no faltaba más,—dije yo tragando saliva y temblando por la integridad de mi individuo.

Salimos de la población.

El astro rey alegraba la estensa llanada que circunda la ciudad, llanada en cuyos campos llevó una *soberana* paliza un monarca intruso que perdió por ella corona y cetro, y dejando sobre uno de sus caminos, el coche, el baston de mando, y no sé si alguna cosa más.

Un viento Sur, levantado de improviso hacía el día algo molesto.

Cualquiera hubiera conocido que aquel viento iba á traer, y pronto, un aguacero; sin embargo, aquellos furibundos cazadores, no querían hacer caso de mis advertencias.

Abierta *la mano* y cruzando campos ya hacía arriba, ya hacía abajo, ora en un sentido, ora en el opuesto, pasamos toda la mañana y gran parte de la tarde sin advertir que espesos nubarrones de fantásticas y caprichosas formas avanzaban amenazadores.

¿Liebres? ni por asomo; mi profecía se estaba cumpliendo. Los galgos se desesperaban recorriendo el campo en cien distintas direcciones, introduciendo su afilado hocico en todos los matorrales sin dar con la menor señal de rastro.

—Atencion, señores,—exclamé:—que nos vamos á poner como *nuevos* y por aqui no veo ni una mala choza donde guarecernos y la *cosa* viene de prisa.

—Una vuelta mas,—dijo uno,—y á escape iremos á la venta que está en la carretera.

Pero despues de una vuelta, fué solicitada otra, y otra despues... y nos estábamos calando hasta los huesos.

Por fin, aburridos de no encontrar caza, se dió la orden de salir á la carretera á todo escape y por el camino más corto.

Mi cabalgadura, escitada por la espuela y por el ejemplo de las otras, saltaba zanjas y vallados con la mayor limpieza y no había obstáculo capaz de detenerla en su vertiginosa y desenfrenada carrera. Yo había perdido el miedo y había adquirido á caballo completa seguridad pudiendo ya competir en equitacion con un gaucho de las pampas; verdad es, que el animal que me conducía era noble por demás, y todo en él era *pintura* sin la menor señal de resabios.

Despues de veinte minutos de galopar, salimos á la carretera y á poco mas dimos en la venta con la *oportunidad* de dejar de llover en aquel momento.

¿No habiamos perdido ni una gota!

Una robusta y guapetona maritornes nos salió á recibir.

—¿Se pueden meter los caballos en la cuadra?

—Sí, señor,—nos contestó,—y para ustedes hay en el hogar una buena lumbre para poder secarse las ropas.

No nos hicimos de rogar y habiendo cuidado de los caballos, pensamos en nosotros.

—¿Qué haremos?—preguntó uno.

—Pues me parece que lo mejor, será tomar un *pisco-labis*, —dijo otro.

—¡Muchacha!, exclamó un tercero—¿tienes baraja en casa? Señores, se *tallan trece perros chicos*.

—¡Fuera ese, que se calle!—dijimos á una voz—no nos queremos arruinar.

Por último, la muchacha nos dió á entender que no tenía en la casa nada que comer, como no hubiese un poco de queso en el vasar y algunos huevos en el gallinero.

—Vaya, niña, vamos á cojerlos, —dijo C... relamiéndose los labios.

—Vamos, señor, á buscarlos.

Poco despues, un cuadro parecido al que todos hemos visto en campaña, tenía lugar en la ahumada cocina de la venta.

Con la mejor voluntad se ofreció la maritornes, á freir los huevos, pero, un apretón por aquí, un pellizco por allá, hicieron que la infeliz, roja como una amapola de los campos, optara por una prudente retirada, y dejándonos dueños de la cocina, se encerró en una de las habitaciones superiores de la casa.

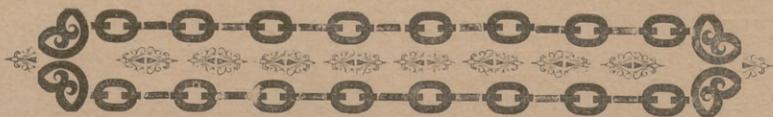
¡Qué desconsuelo! ¿Qué íbamos á hacer ahora sin cocinera?

—No hay que apurarse, —dijo el capitán S..., uno de la partida; —puesto que tenemos aquí todos los *adminiculos*, yo seré el cocinero. No pediré propina.

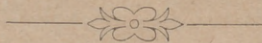
Y, dicho y hecho; con notable desembarazo se puso á freir huevos en medio de las cuchufletas de todos.

SE CONTINUARÁ.

FERNANDO FERZ-GETINO
Y ORTEGA.



Crónica local.



Los aficionados al noble y viril juego de la pelota esperábamos impacientes el partido concertado entre el *Chiquito de Eibar* y el *Vergarés*, á pesar de la gran superioridad del primero sobre el segundo, gracias á la cual se sabía de antemano el resultado del partido. «Si Sarasqueta está nada mas que regular, no hará Mágica veinticinco tantos» decían todos. Sin embargo había vivísimos deseos de ver el partido, pues el *Vergarés* está á veces admirable, y el *Chiquito*, por mal que esté, es siempre el *Chiquito*; esto es, el ídolo del público, y el *pelotari* por excelencia.

Pero nuestras esperanzas se han desvanecido. El anunciado partido no se juega ya, porque Sarasqueta sale para Buenos-Aires, para cuya ya afamada *cancha* ha sido escriturado. Se dice que en breve le seguirá Brau menor; de modo que quedaremos ya sin jugadores de primera fila. Cierto es que el *Manco* no se ha ido al otro mundo; pero entregado á las dulzuras de la luna de miel, es probable que permanezca algún tiempo alejado de los frontones.

Nuestro único consuelo durante el invierno que ya va á asomar las heladas narices, será la lectura de las reseñas de los partidos que se jueguen en el otro mundo.



El famoso Galileo era ciertamente un niño de teta al lado del abogado bilbaino que acaba de inventar el movimiento continuo y la direccion de los globos. No ha inventado aún el arte de asar la manteca; pero se puede asegurar que lo inventará pronto.

Merece leerse, *por lo disparatado*, el folleto en que con mucha gracia, y aún mayor modestia, da cuenta de sus maravillosos inventos. Cierto es que la sintáxis deja bastante que desear; pero ¿cómo es posible que un inventor de esa talla se fije en tales pequeñeces? «La analogía, la sintaxis, y aun el sentido comun, dirá el fecundo y ya ilustre inventor, son inútil impedimento que solamente serviría para embarazar el vuelo del genio. El águila que se eleva sobre las mas altas nubes, no necesita en verdad para nada los feos tentáculos del humilde caracol ni las pobres alitas del despreciable abejorro.»

El portentoso opúsculo está dedicado al árbol de Guernica. Qué tendrá que ver el árbol de Guernica con el movimiento continuo, con los globos y demas zarandajas tan *ingeniosamente* tratadas por el grande hombre? Dice este en la dedicatoria que considera como honor para él el haber nacido bajo la copa del citado árbol. ¡Cuánta modestia! La gloria es seguramente para el árbol.

Por lo demás yo creo que en lugar de haber nacido bajo la copa de un roble, el inventor debía haber visto la luz bajo la copa de un alcornoque. De seguro pensarán lo mismo cuantos lean su maravillosa obrita que andando el tiempo será el mayor título de gloria de este glorioso siglo décimo nono.

Despues de la dedicatoria viene un disparatadísimo prólogo, en el que el gran inventor cuyo nombre no digo por caridad, habla de ballenas, elefantes y otros grandes animales, aunque olvida tal vez el mayor de todos; baraja de un modo lastimoso, pero graciosísimo, la gramática, la retórica, el diccionario, el rey, la ley, Su Santidad, y otras muchas personas y cosas, entre ellas el *pienso*: un buen *pienso* de ortigas merece el egregio inventor por su trabajo admirable.

Descansemos un momento despues de tan maravilloso prólogo, y luego engolfémonos en las deliciosas *teorias del movimiento continuo*, expuestas con precision matemática, y lenguaje elegante. En trece párrafos expone el excelso inventor el *primer procedimiento*, bastante por sí solo para dejar aturrullado al mismo ingeniosísimo mortal que el primero de todos los nacidos puso besugos en escabeche.

En este primer capítulo habla el ilustre sabio del *silencio posterior*, lo que me ha hecho creer que estaba leyendo un canto del conocido poema titulado *Los perfumes de Barcelona*. En el mismo capítulo se habla de un tren que llegaria al infierno en diez y ocho minutos y cuarenta y tres segundos, y aunque es mucha velocidad, con velocidad mucho mayor camina el folletista hácia el manicomio.

El segundo procedimiento de movimiento continuo es, segun dice el insigne guerniqués, *el método infalible basado cómodo y elegantemente en las perpetuamente fieles oscilaciones del barómetro ó del termómetro*. Este capítulo es un verdadero galimatías, y lo mismo puede decirse del siguiente, en el que se habla de *un reloj solar útil para todos los dias no nublados del año*. Para nublado el de la mollera del abogado guerniqués autor del opúsculo que voy reseñando. En el citado capítulo segundo habla el autor de circunferencias, lo que en verdad me ha extrañado mucho pues en un opúsculo no ménos notable que el que ahora tengo delante demostró hace dos años el nuevo Arquímides que la *circunferencia es una ilusión*. ¡Qué cholla, señor, que chollal!

Hablando de la dirección de los globos menciona el arca de Noé, y asegura que á nadie, ni siquiera en sueños, se le habrá ocurrido lo que á él, no al venerable patriarca sino el ingenioso guerniqués. Es una gran verdad; la única tal vez que hay en el opúsculo.

Dice el preclaro inventor que antes de que el siglo XIX estire la pata convedrá intentar y realizar en *globo* la exploracion de ambos polos del mundo, para que el hombre conozca por completo la bola ó *jaula* en que vive. Puede cuando guste el insigne inventor emprender la expedicioncilla proyectada, y ojalá le acompañe en ella el otro chiflado guerniqués, el poetaastro de *El Vasco*; el celeberrimo *maestro Ciruela*, por otro nombre Antonino Saenz de Tejada.

No satisfecho con lo expuesto, el preclaro inventor nos dá un nuevo método para la apertura de canales de navegacion y *hasta para desmontes de ferrovias*. Como complemento de este notable trabajo expone un proyecto de construccion del canal y puerto de Guernica, que es todo lo que hay que ver, y termina el folleto con este pensamiento de Séneca: «Debemos conceder algun descanso á nuestro espíritu, y renovar sus fuerzas con algunos recreos; más conviene que estos mismos recreos sean en lo posible ocupaciones útiles y provechosas.»

Ni por un momento olvida el filósofo guerniqués esa bella máxima de su colega de Córdoba, y por eso trabaja actualmente en un nuevo folleto en el que expondrá la admiracion de propios y extraños un *Novísimo arte de freir buñuelos*.



Han empezado los frios propios de la estacion, y nuestras bellas nos parecen más bellas si cabe con sus elegantes y confortables trajes de invierno.

La chaqueta es este invierno, más que nunca, la prenda de rigor para las señoras. Se

hacen elegantes ó sencillas, segun se lleven con un traje de visita ó con uno de calle: las niñas crecidas empiezan á ponérsela desde la edad de catorce años: hasta esa edad lo que más les conviene son los abrigos de fantasía, pellizas, redingotes á la rusa con forro de piel y cordones.

Acabo de ver un vestido que me ha llamado la atención, y que trataré de describir. Se compone de una cola de piel de seda, de color de palo de rosa, cuya parte media está cortada por un pliegue de brocado del mismo color. Delante lleva unos pliegues de gasa sobre un viso, que se rizan en el borde sobre una franja de metal y seda palo de rosa tornasolado. Por uno de los lados de esta falda baja un paño de brocado que sostiene una drapería peplum, la cual se separa formando dos caídas de albornoz encerradas en unos pliegues cubiletes de metal de color, de matices adecuados á los diversos tonos del brocado palo de rosa. El corpiño es por este lado de piel de seda del mismo color, con pliegues de abanico; por el otro lado es corto y formando punta, corta lo á modo de frac, muy plano, muy entallado y guarnecido de una ancha solapa de brocado que termina en punta cerca de la cintura.

El frac baja bastante sobre la falda, y se redondea, plegado ligera y graciosamente bajo la cola. La manga, de piel de seda, plegada á lo largo, terminada en el codo por vuelos de gasa formados de un volante de encage, está como partida por una tira de brocado palo de rosa. Las hombreras de pasamanería de metal, y el plastron bordado de metal sobre brocado, realzan y comunican mayor lujo y riqueza á este vestido, perfectamente combinado al gusto del día.



El distinguido escritor Sr. Monner Sans ha tenido la bondad de enviarme un notable folleto en el que ofrece una bella semblanza del insigne general venezolano D. Joaquín Crespo, que de seguro está llamado á ocupar en breve la presidencia de aquella república.

Tan notable como los anteriores es el n.º 259 del *Boletín* de la Institución libre de enseñanza, en el que figuran notables trabajos de Giner Montague, Porter, Dominici, Jimenez de la Espada, Van den Gheyn y otros.

La amena y simpática revista *La Tradition* publica leyendas, cuentos y canciones que plenamente justifican el favor que alcanza esa hermosa publicación mensual.

ADELA



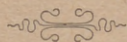


SECCION DE CURIOSOS.

En esta seccion publicaremos todas las preguntas que nos parezcan *publicables*, y que sobre cualquier asunto se nos remitan con ese objeto por nuestros lectores. Insertaremos tambien todas las respuestas que nos parezcan *publicables*, y que se refieran á preguntas que hayan visto la luz en esta seccion. Las preguntas se repetirán en todos los números, mientras no obtengan respuesta que nos parezca satisfactoria.

PREGUNTAS.

- 1 ¿Cuál es el blason de los Oquendos antes del famoso almirante de ese nombre?
- 2 ¿Cuál es el blason de la misma familia despues del almirante?
- 3 ¿Cuáles son los descendientes varones y hembras del almirante, ó sea el arbol genealógico de la familia á partir del heróico marino guipuzcoano?
- 4 ¿Cuál es el grado de parentesco que tenía con el almirante un don Luis de Oquendo que á mediados del siglo pasado hizo un papel considerable en el Perú. D. Luis casó en 1775 con una nieta de D. Ignacio Torquemada, Marquès de Soto Hermoso, y de esta unión proceden los Oquendos actuales del Perú.
- 5 ¿Cuáles fueron las campañas navales del gran Oquendo, y en qué libros ó manuscritos se habla de ellas?
- 6 ¿Cuál fué la primera imprenta que hubo en la region vasco-navarra, y en qué año se fundó?
- 8 ¿De qué pueblo era natural el famoso marino vascongado Portuondo?
- 9 ¿En qué remedios caseros se emplea el romero en la región vasco-navarra?
- 12 ¿Cuál fué la grave cuestion que hubo hace ya siglos, y en la que fué parte muy principal Doña Elvira, hija de Ferran Rodriguez de Villarmentero, y sobrina del arcedianio D. Mateo de Búrgos?

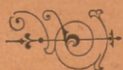




ADVERTENCIA

Con el presente número queda terminado el Tomo V, correspondiente al 2.º semestre de 1887.

Acompaña à este número el Índice y la Cubierta, á fin de que pueda encuadernarse.



REVISTA DE VIZCAYA.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

Esta REVISTA se publica los dias 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas con su cubierta de color. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; dedica especial atención al movimiento intelectual moral y material de las provincias.



EN TODA ESPAÑA.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Tres meses.	5 pesetas	Tres meses.	7 pesetas
Un año	17 »	Un año	24 »

Número suelto, una peseta.

PUNTOS DE VENTA EN BILBAO

Librería de D. Juan E. Delmas, Correo 24.—Librería de D. Antonio Apellaniz, Libertad 1—D. Eduardo Delmas, Correo 8

EN PARÍS.

Librería de Mr. Albert Savine—18—Rue Drouot.



